

¡Uf! Otra historia de amor

Le bastó verla en el vestíbulo de la estación para detener en seco su loca carrera escaleras abajo. Su sola presencia, sus formas rotundas, eclipsaban a todo ser viviente. Por lo general no se le daban bien, no sabía como acercarse a ellas, así que lo hizo con cautelosa timidez, fingiendo un rodeo. Deteniéndose ante los paneles anunciando películas y los planos de las distintas líneas. Observándola de reojo antes de encararse en una aproximación tangencial. La saludó con un inaudible buenos días, y ya había pedido una T-10 cuando maldijo su estupidez. ¡Qué tonto! –pensó- De haber pedido un billete sencillo, mañana tendría de nuevo la excusa para acercarme a ella.

Durante todo el día no se la pudo quitar de la cabeza. Era tan hermosa...

Al día siguiente decidió que usaría la T-10 para las vueltas, así que compró un billete sencillo para volver a verla, para escuchar de nuevo esa extraña voz metálica que le hacía estremecer desde la cabeza a los pies. Le gustaba porque no era como las demás. Ella era amable. Le guiaba en todo momento, indicándole qué debía hacer y cómo le gustaba. No era como las de los bancos, tan frías y arrogantes, o las de las gasolineras, tan reiterativas –ha escogido gasolina super-. No, ella le decía seleccione qué billete y se los mostraba en su pantalla como en un abanico de naipes. Le decía el precio de cada uno y se aseguraba de que no se equivocara. Después iluminaba la salida de su billete, todavía caliente, y le daba las gracias con esa sensualidad que sólo ella poseía. Era un encanto.

Como era de suponer, se enamoró locamente de ella, de manera irracional, como debe ser un amor. Qué importancia tenía que fueran tan diferentes. El amor no pregunta –se decía él-, no entiende de edades ni de razas. Ni siquiera de máquinas. De hecho –pensó-, su vecino del quinto estaba locamente enamorado de la play y nadie lo encontraba extraño.

Estuvieron viéndose cada mañana durante cinco semanas, de manera furtiva, diciéndose palabras amables. Buenos días, introduzca su tarjeta –esto le ponía-, recoja su billete, etc. Y siempre se marchaba hacia el andén con el abatimiento de las despedidas.

Finalmente se lanzó y le propuso fugarse juntos, a lo que ella respondió, coqueta, seleccione su billete. De inmediato él supo que eso era un sí, pero que su timidez le impedía pronunciarlo. Sonrió feliz y, por primera vez, se atrevió a estamparle un beso en la pantalla antes de bajar al andén. El vigilante jurado no salía de su asombro, mientras acariciaba la cabeza de su perro, que en ese momento pensaba en la perra esa de la estación de Barceloneta.

Dicen que lo que le delató fue la furgoneta aparcada junto a la boca de metro, a media noche. Cuando llegó la policía, lo encontraron desmontando la máquina expendedora de billetes. Se conoce que quiso cargar con ella escaleras arriba, pero que al verse incapaz, decidió llevársela a piezas.

Cuando se lo llevaban esposado, la gente que se congregó alrededor afirma que gritaba me quiere, ella me quiere con una desesperación que no habían visto jamás. Una mujer, emocionada y con lágrimas en los ojos, afirma que lo vio llorar. Lo único que es ciencia cierta es que esa máquina nunca volvió a imprimir billete alguno, por más técnicos que enviaron a repararla.